

—Sí, silencio y hasta mañana, repuso el conde.

Y volviéndose hacia el barón, añadió:

—Lectoure, vamos á recibir á mi madre.

Pablo miró en silencio como se alejaban Manuel y Lectoure, y luego se metió en el gabinete que le era ya conocido por haberse encerrado en él en otra coyuntura.

## XIII

En el preciso instante en que el capitán Pablo entraba en el susodicho gabinete, la marquesa penetraba en el salón, seguida del notario y de los invitados á la firma del contrato. No obstante ser muy solemnes las circunstancias, la marquesa no había juzgado del caso renunciar á su traje de luto; vestida, pues, como de costumbre, precedía de algunos instantes al marqués, á quien ninguno de los presentes viera, ni aun su hijo, hacía muchos años.

Tal era el influjo de las tradiciones de la etiqueta, que la marquesa no quiso que se firmara el contrato de su hija sin que el jefe de la familia, no obstante tener trastornado el juicio, presidiese la ceremonia.

Por muy poco que Lectoure estuviese dispuesto á dejarse intimidar, la marquesa produjo en él el efecto que habitualmente causaba á los que la veían por vez primera; así es que al mirarla entrar tan grave y con tanta dignidad, se inclinó subyugado por el más profundo respeto.

—Agradezco á ustedes en el alma, señores,

dijo la marquesa saludando á los que la acompañaban, la honra que me dispensan asistiendo á los esponsales de la señorita Margarita de Auray con el señor barón de Lectoure. También he querido que el marqués, no obstante su dolencia, asistiera á esta reunión y les diese á ustedes las gracias, á lo menos con su presencia, ya que no puede de palabra. Ya conocen ustedes su aflictiva situación; no se admiren, pues, si vierte algunas frases incoherentes...

—Sí, señora, interrumpió Lectoure, conocemos la desgracia de que fué víctima y admiramos á la mujer abnegada que desde hace veinte años comparte tanta desventura.

—Ya lo ve usted, señora, dijo Manuel acercándose á su vez á su madre y besándola la mano, ante el amor conyugal de usted todos hincan la rodilla.

—¿Dónde está Margarita? preguntó á media voz la marquesa.

—Hace un instante estaba aquí, respondió Manuel.

—Que la avisen, añadió la marquesa en el mismo tono.

—¡El marqués de Auray! anunció entonces un criado.

Todos se hicieron á un lado para dejar libre el paso y volvieron los ojos hacia el lado por donde debía parecer el nuevo personaje; curiosidad que no tardó en verse satisfecha.

El marqués avanzó casi al punto, sostenido por dos criados.

Era el de Auray un anciano cuyo rostro, á pesar de los surcos que en él abrieran los pade-

cimientos, conservaba aún el aspecto de nobleza y de dignidad que hicieran de él uno de los personajes más distinguidos de la corte. El marqués, que paseaba con singular expresión de extrañeza sus grandes, hundidos y calenturientos ojos por los en la sala congregados, vestía el uniforme de maestro de campo, ostentaba al cuello la encomienda del Espíritu Santo, y en el ojal la cruz de San Luis. El anciano avanzó lentamente y sin proferir palabra, con ayuda de los dos criados, que en medio del silencio más profundo lo condujeron á un sillón y se retiraron luego que aquél se hubo sentado. La marquesa se colocó á la derecha de su marido; el notario sacó de la cartera el contrato y lo leyó en alta voz, y por él los circunstantes vinieron en conocimiento de que los marqueses de Auray reconocían cien mil duros á Lectoure y constituían en dote otro tanto á Margarita.

Durante la lectura del contrato, la marquesa, sin embargo su aparente tranquilidad, dió algunas señales de zozobra.

Por fin, y cuando el notario dejó el documento sobre la mesa, Manuel entró y se acercó á su madre.

—¿Y Margarita? preguntó la marquesa á su hijo.

—Viene detrás de mí, respondió Manuel.

—¡Señora! murmuró Margarita entreabriendo la puerta y enclavijando las manos.

La marquesa fingió no oírla, y señalando con el dedo la pluma, dijo:

—Ahora usted, señor barón.

Lectoure se acercó á la mesa, tomó la pluma y echó su firma.

—¡Señora! profirió por segunda vez Margarita con voz de súplica y avanzando un paso hacia su madre.

—Entregue usted la pluma á su prometida, señor de Lectoure, dijo la marquesa.

El barón dió la vuelta á la mesa y se acercó á Margarita.

—¡Señora! dijo por tercera vez la joven con acento tan anegado en lágrimas que resonó en lo más íntimo de todos los corazones y hasta obligó al marqués á levantar la cabeza.

—Firme usted, dijo señalando con el dedo el contrato de boda.

—¡Oh! ¡padre mío! ¡padre mío! exclamó Margarita arrojándose á los pies del marqués; ¡padre mío!

—¿Qué está usted haciendo? profirió la marquesa apoyándose en el brazo del sillón de su marido é inclinándose delante de éste. ¿Ha perdido usted el juicio, señorita?

—¡Padre mío! ¡padre mío! repitió Margarita rodeando con los brazos al marqués; ¡padre mío! ¡compadézcase usted de mí!... ¡padre mío! ¡salve usted á su hija!

—¡Margarita! dijo la marquesa en voz baja y con terrible acento de amenaza.

—Señora, respondió la joven, ya que no puedo dirigirme á usted, déjeme que recurra á mi padre: á no ser que, prosiguió, señalando con ademán firme y resuelto al notario, prefiera usted que invoque la ley.

—Ea, dijo la marquesa levantándose y con acento de amarga ironía, es un escándalo de familia, y estas cosas, muy enternecedoras para

los allegados, son, por lo común, bastante fastidiosas para los extraños. Señores, en los apuestos contiguos hallarán ustedes refrescos. Hijo mío, agasaje usted á esos señores. Señor barón, usted dispense...

Manuel y Lectoure se inclinaron en silencio y se retiraron seguidos de los concurrentes.

La marquesa permaneció inmóvil hasta que hubo salido el último invitado; luego fué á cerrar las puertas, y acercándose nuevamente al marqués, á quien Margarita continuaba teniendo abrazado, dijo:

—Ahora que sólo quedan aquí los que tienen derecho á darla órdenes, firme usted ó salga, señorita.

—Por compasión, señora, por compasión, profirió Margarita; no exija usted de mí semejante infamia.

—¿No me ha oído usted? dijo la marquesa imprimiendo á su voz un acento tan imperativo que parecía imposible que se pudiese resistir á él. ¿Es menester que se lo repita? Firme usted ó salga.

—¡Oh! ¡padre mío! ¡padre mío! exclamó Margarita; ¡piedad para mí! ¡piedad! ¡No, no se dirá que después de haber estado diez años sin ver á mi padre, me han arrancado de sus brazos en el momento de verle de nuevo, sin que me haya conocido y besado! ¡padre mío!... ¡soy yo!... ¡su hija!...

—¿Qué voz es esa que clama á mí? balbuceó el marqués. ¿Quién es ese hijo que me apellida su padre?

—Esa voz, dijo la maquesa asiendo del brazo

á Margarita, es una voz que se levanta contra los derechos de la naturaleza. Ese hijo, es una hija rebelde.

—¡Padre mío! exclamó la joven, ¡míreme usted!... ¡sálveme!... ¡defiéndame!... ¡soy Margarita!

—¿Margarita?... ¿Margarita?... profirió con voz apenas perceptible el marqués; hubo un tiempo en que tuvo una hija apellidada así.

—¡Soy yo!... ¡soy yo!... repuso Margarita; ¡yo soy su hija! ¡yo!

—Sólo son hijos los que obedecen, replicó la marquesa. Obedezca usted y tendrá derecho á decir que es nuestra hija.

—¡Oh! ¡padre mío! á usted estoy pronta á obedecerle. Pero usted no lo ordena, no... ¡usted no quiere que yo sea desdichada... desdichada hasta la desesperación... desdichada hasta la muerte!

—Ven, ven, dijo el marqués, reteniéndola y á su vez estrechándola contra su pecho. ¡Oh! ¡la sensación que experimento es desconocida y deliciosa! ¡Aguarda!... ¡aguarda! prosiguió el anciano llevándose la mano á la frente, pareceme que me acuerdo...

—Caballero, exclamó la marquesa, diga usted á su hija que debe obedecer, que Dios castiga á los hijos rebeldes; dígame usted esto más bien que alentarla en su impiedad filial. ¿Oye usted?

El marqués levantó con lentitud la cabeza y fijó los encendidos ojos en su mujer; luego, y con voz pausada, le dijo:

—¡Cuidado! ¡cuidado! ¿No le he dicho á usted que empezaba á acordarme? Luego, dejando

caer la frente sobre la de Margarita, de modo que sus canas se confundieron con los negros cabellos de su hija, añadió: ¡Habla! ¡habla! ¿Qué tienes, hija mía? dímelo.

—¡Oh! ¡soy muy desgraciada!

—¡Conque en esta casa todo el mundo es desgraciado! exclamó el marqués. ¡Cabellos negros y cabellos canos!... ¡niña y anciano!... ¡Oh! ¡también yo... también yo... soy un desgraciado!

—Caballero, suba usted otra vez á sus habitaciones; es preciso, exclamó la marquesa.

—Sí, para que otra vez me encuentre frente á frente con usted... encerrado como un prisionero... Esto es bueno para cuando estoy loco, señora.

—Padre mío, tiene usted razón. Hace ya sobrado tiempo que mi madre se abnega, y lo es de que se abnegue su hija. Padre mío, tómeme usted á mí, no le abandonaré de día ni de noche. Le bastará á usted hacer un gesto, decir una palabra para que yo le sirva con las rodillas hincadas.

—¡Oh! no tendrías valor para hacerlo.

—Sí, padre mío, sí, lo haré, tan cierto como soy su hija.

La marquesa se retorció los brazos devorada por la impaciencia.

—Si eres mi hija, prosiguió el marqués, ¿por qué no te he visto desde hace diez años?

—Porque me han dicho que usted no quería verme, padre mío; porque me han dicho que usted no me amaba.

—¡Que te han dicho que yo no quería verte,

ángel mío! exclamó el marqués tomando entre las manos la cabeza de Margarita y contemplándola con amor; ¡eso te han dicho! ¡te han dicho que un pobre condenado se negaba á ver el cielo! ¡Ay! ¿quién ha dicho que un padre no quería ver á su hija? ¿quién ha osado decir á un hijo: «Hijo, tu padre no te ama»?

—Yo, respondió la marquesa intentando, por última vez, arrancar á Margarita de los brazos de su padre.

—¡Usted! interrumpió el marqués; ¡con que es usted! ¡Así, pues, ha recibido usted el ministerio fatal de burlarme en todos mis afectos! ¡Con que es menester que todos mis dolores emanen de usted! ¡que hoy quebrante usted el corazón del padre como hace veinte años quebrantó usted el corazón del esposo!

—Está usted delirando, caballero, dijo la marquesa, soltando á su hija y pasando á la derecha del marqués. ¡Cállese usted! ¡Cállese!

—No, señora, no estoy delirando, repuso el marqués; ¡no!... ¡no!... ¡diga usted más bien, y será la verdad, que me encuentro entre un ángel que quiere restituirme á la razón y un demonio que quiere hundirme nuevamente en la locura! ¡No! ¡ya no estoy loco!... ¿Es menester que se lo demuestre?

Al pronunciar estas palabras, el marqués se levantó, y apoyando las manos en los brazos de su sillón, prosiguió:

—¿Es menester que le hable á usted de cartas, de adulterio, de duelo?

—Lo que le digo á usted, repuso la marquesa, asiendo del brazo á su marido, es que está usted

más que nunca dejado de la mano de Dios, cuando vierte tales palabras sin parar mientes en los oídos que nos están escuchando... Baje usted los ojos, caballero: mire usted quién está aquí, y atrevase á decir que no está usted loco.

—Tiene usted razón, profirió el marqués cayendo de nuevo en su silla de brazos. Tu madre tiene razón, prosiguió el pobre anciano dirigiéndose á Margarita; soy yo quien estoy loco; y es menester dar crédito, no á lo que yo digo, sino á lo que ella dice. ¡Tu madre! es la abnegación y la virtud personificadas. Por eso no padece insomnios, ni la acosan los remordimientos, ni la persigue el delirio. ¿Qué quiere tu madre?

—¡Mi desventura, padre mío! exclamó Margarita; ¡mi desventura eterna!

—Y ¿cómo puedo yo remediar esa desventura? dijo con acento desgarrador el infeliz anciano. ¿Cómo puedo evitarla yo, pobre loco, que se me figura ver continuamente manar sangre de una herida y oír una tumba que habla!

—¡Oh! ¡usted lo puede todo! Diga usted una palabra y estoy salvada. Quieren casarme. El marqués echó hacia atrás la cabeza.

—¡Escúcheme usted, padre mío! ¡quieren casarme con un hombre á quien no amo! ¿comprende usted?... ¡con un infame!... y le han conducido á usted aquí... á este sillón... ante esta mesa... á usted, padre mío... para que firme ese contrato inicuo! ¡este!... ¡este!... ¡mírelo usted!

—¡Sin consultarme! repuso el marqués tomando el contrato; ¡sin preguntarme si quiero ó no quiero! ¿Se figuran que estoy muerto?... y si tal imaginan, ¿me tienen en menos que á un

espectro?... ¿Dices que este casamiento labrará tu desventura?

—¡Eterna! ¡eterna! exclamó Margarita.

—Pues bien, no se efectuará esa boda.

—He empeñado la palabra de usted y la mía, la reputación de usted y la mía, dijo la marquesa con tanto más tesón cuanto sentía que el poder se le escapaba.

—Le digo á usted que ese casamiento no se efectuará, repuso el marqués con voz que ahogaba la de su mujer. Es demasiado terrible un matrimonio en que la esposa no ama al marido, prosiguió con acento sombrío y cavernoso; esto enloquece... Á mí la marquesa me ha amado siempre... y fielmente. Lo que á mí me quita la razón... es distinto.

En los ojos de la marquesa brilló un rayo de alegría infernal, porque en la exaltación de las palabras del marqués y en el terror que se trasladó en su mirada, vió que nuevamente, y á no tardar, la locura iba á apoderarse del desdichado.

—¿Á ver ese contrato? prosiguió el marqués, haciendo ademán de rasgarlo.

Lo cual evitó la de Auray apoderándose de él con viveza.

En cuanto á Margarita, parecía estar pendiente de un hilo entre el cielo y la tierra.

—Lo que á mí me quita el juicio, profirió el marqués, es una tumba, una tumba que está abriéndose continuamente; lo que me enloquece es un espectro que surge de la tierra, un fantasma que se me acerca, y me habla, y me dice...

—«¡La vida de usted está en mis manos!»

musitó la marquesa al oído de su esposo y repitiendo las postreras palabras de Morlaix moribundo; «¡la vida de usted está en mis manos, y podría quitársela!»

—¿Le oyes? ¿le oyes? exclamó el marqués temblando cual hoja sacudida por el viento y levantándose como para fugarse.

—¡Padre mío! ¡padre mío! ¡seréne usted! No hay tumba, espectro ni fantasma. Las palabras esas, es la marquesa...

—«Pero quiero que usted viva», continuó la de Auray terminando la obra que empezara, «para que me perdone como yo le perdono.»

—¡Por piedad, Morlaix, por piedad! profirió el marqués cayendo nuevamente en su sillón, con los cabellos erizados de terror y cubierta del sudor del espanto la frente.

—¡Padre mío! ¡padre mío!

—Ya ve usted que su padre está loco, dijo la marquesa victoriosa. ¡Déjele usted!

—¡Oh! repuso Margarita, Dios obrará un milagro, no lo dudo. Mi amor, mis caricias y mis lágrimas le restituirán el juicio.

—Pruébelo usted, repuso con frialdad la marquesa, abandonando á su hija al marqués, ya sin voluntad, sin voz y casi sin conocimiento.

—¡Padre mío! exclamó Margarita con voz desgarradora.

El marqués permaneció impasible.

—¡Caballero! dijo la de Auray con tono imperativo.

—¿Qué hay? ¿qué hay? profirió el marqués estremeciéndose.

—¡Padre! ¡padre mío! exclamó Margarita

retorciéndose los brazos y echándose al suelo con desesperación; ¡padre mío! ¡socórrame usted!

—Tome usted esta pluma y firme, dijo la marquesa, poniendo la pluma en la mano de su marido y la mano de éste sobre el contrato. Es preciso... lo exijo...

—¡Oh! ¡ahora estoy perdida! exclamó Margarita, rendida por la lucha y sintiéndose sin fuerzas para sostenerla.

Pero en el instante en que el marqués, vencido, iba á echar su firma; en el instante en que la marquesa, triunfante, se daba el parabién por su victoria, y en que Margarita, desesperada, estaba próxima á huir, un incidente inesperado vino á cambiar prontamente la faz de los sucesos. Abrióse la puerta del gabinete para dar paso á Pablo, que había asistido, invisible, á la escena precedente.

—Señora marquesa de Auray, dijo el marino, antes de que se proceda á la firma del contrato, sírvase usted escuchar dos palabras.

—¿Quién me llama? profirió la marquesa, esforzándose en distinguir á aquel que le dirigía la palabra desde el extremo opuesto de la sala y, por consiguiente, estaba envuelto en sombras.

—¡Yo conozco esa voz! dijo el marqués estremeciéndose cual si le hubiese achicharrado las carnes un hierro candente.

Pablo avanzó tres pasos y entró en la zona de luz de la araña.

—¿Es un espectro? exclamó á su vez la marquesa, impresionada ante el parecido del joven con su antiguo amante.

—¡Yo conozco esa cara! murmuró el marqués,

creyendo ver de nuevo al hombre á quien quitara la vida.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡protegedme! balbuceó Margarita, de rodillas y con los brazos levantados al cielo.

—¡Morlaix!... ¡Morlaix!... exclamó el marqués levantándose y acercándose á Pablo. ¡Morlaix! ¡Morlaix!... ¡perdón!...

Y el anciano perdió el sentido y dió consigo en el suelo.

—¡Padre mío! exclamó Margarita abalanzándose al anciano.

En esto entró despavorido un criado, y dirigiéndose á la marquesa, le dijo:

—Señora, Achard manda por el médico y el capellán del castillo. ¡Se está muriendo!

—Dile, contestó la marquesa, mostrando al criado el cuerpo que Margarita se esforzaba inútilmente en restituir á la vida, que á los dos les llama su deber al lado del marqués de Auray.

## XIV

Como el lector ha visto al final del capítulo precedente, Dios, por una de las singulares disposiciones de su providencia, disposiciones que los hombres, ciegos, atribuyen casi siempre al acaso, á un tiempo llamaba á sí, para que le rindiesen la misma cuenta, al noble marqués de Auray y al pobre Achard. Hemos visto al primero, herido ante Pablo, retrato viviente de su padre, cual por un rayo, y caer sin conocimiento á los pies del joven, asustado á su vez por el efecto que causara su presencia. En cuanto á Achard, las circunstancias que acarrearán su agonía al mismo tiempo que la del marqués, aunque distintas, arrancaban del mismo drama y de la misma situación. La presencia de Pablo había producido en el uno y en el otro una emoción funesta: al marqués por exceso de terror, á Achard por sobra de gozo. Durante el día anterior al de la firma del contrato, este último se sintió más endeble que de costumbre, no obstante lo cual no dejó de salir por la tarde para ir á rezar sus ordinarias oraciones sobre la tumba

de su señor. Desde allí miró, con piedad más honda que nunca, la perspectiva siempre nueva y siempre espléndida del sol al ponerse tras el Océano, y siguió la gradación de su purpurina luz; y como si esa antorcha del mundo atrajese su alma, sintió extinguirse sus fuerzas con el último rayo del día; de modo que cuando el criado del castillo fué, por la noche, como de costumbre, á la casita de Achard para recibir órdenes de éste, no encontrándole en su aposento, lo buscó fuera; y como su paseo ordinario era conocido, pronto lo encontró al pie de la encina grande, desmayado sobre la huesa de su amo, fiel hasta el fin á esa religión de la tumba que había sido el sentimiento único de los postreros años de su existencia. Entonces el criado lo tomó en brazos y lo llevó á la casita; luego, despavorido por tan inesperado incidente, corrió á reclamar de la marquesa los últimos auxilios del médico y del cura, que aquélla se negó á prestar alegando que en aquel momento eran tan necesarios al marqués como al anciano servidor, y que la jerarquía de clases, poderosa hasta en presencia de la muerte, daba á su esposo el privilegio de utilizarlos con preferencia.

Pero esta nueva, anunciada á la marquesa en el momento crítico en que los actores de aquel drama íntimo se veían combatidos por contrapuestos intereses y pasiones, la había oído Pablo; el cual, juzgando imposible la firma del contrato en el estado en que se encontraba el marqués, sólo tomó el tiempo necesario para recordar á Margarita que, en caso necesario, le encontraría



en casa de Achard; luego bajó precipitadamente al jardín, y orientándose en medio de las alamedas y de los bosquecillos con la habilidad del marino, que descubre todos los caminos con sólo consultar el firmamento, dió con la casita, entró jadeante en el aposento del anciano en el instante en que éste se recobraba, y se arrojó en sus brazos. Entonces el gozo devolvió algunas fuerzas á Achard, seguro como estaba de que á lo menos moriría con la cabeza reclinada sobre el corazón de un amigo.

—¡Ah! ¡eres tú! ¡eres tú! profirió el anciano; no esperaba verte de nuevo.

—¡Y pudiste imaginar que al saber yo tu estado no acudiría volando! dijo Pablo.

—Es que no sabía dónde buscarte ó mandarte á decir que deseaba verte por última vez antes de rendir mi espíritu.

—Me encontraba en el castillo, amigo mío, desde donde, al saber tu desgracia, me he venido corriendo.

—Y ¿cómo es que te encontrabas en el castillo? preguntó Achard maravillado.

Pablo se lo refirió todo.

—¡Providencia de Dios! murmuró el anciano al terminar el marino su relato, ¡cuán ocultos é inevitables son tus designios! Al cabo de veinte años conduces al joven á la cuna del niño, y matas al asesino del padre con sólo la presencia del hijo!

—Sí, así ha pasado, repuso Pablo; y esa misma Providencia es la que me conduce á ti para que te salve, pues sé que te han negado los auxilios del médico y del cura.

—Sin embargo, en recta justicia debíamos haber compartido, profirió Achard. Ya que el marqués sólo teme la muerte, que se hubiese quedado con el médico; á mí, que estoy cansado de la vida, debían haberme enviado el sacerdote.

—Puedo subir á caballo, dijo Pablo, y antes de una hora...

—Dentro de una hora sería demasiado tarde, profirió el moribundo con voz debilitada. ¡Un cura!... ¡No pedía sino un cura!

—Amigo mío, repuso Pablo, ya sé que no puedo sustituir al cura en su sagrado ministerio; pero hablaremos de Dios, de su grandeza, de su bondad infinita.

—Sí, pero antes acabemos de hablar de lo terreno para no pensar sino en el cielo. ¿Dices que, como yo, el marqués se está muriendo?

—Le he dejado en la agonía.

—¿Sabes que, tan pronto haya muerto el marqués, los papeles encerrados en ese armario y que justifican tu nacimiento, te pertenecen de derecho?

—Lo sé.

—Si muero antes que él, si exhalo el postrer aliento sin auxilio de sacerdote, ¿á quién confiar ese depósito?

El anciano se incorporó, mostró á Pablo una llave colocada bajo la cabecera, y prosiguió:

—Esta llave abre ese armario, en él hallarás una cajita. Júrame, como caballero que eres, que no abrirás la cajita esa hasta que el marqués haya muerto.

—Te lo juro, respondió Pablo tendiendo con

solemnidad la mano hacia el crucifijo colgado encima de la cabecera.

—Está bien, repuso Achard; ahora moriré tranquilo.

—Puedes, pues el hijo te tiene de la mano en este mundo y el padre te la tiende en el cielo.

—¿Crees tú, muchacho, que estará satisfecho de mi fidelidad?

—No ha habido nunca rey alguno que haya sido obedecido en vida como él lo habrá sido después de muerto.

—Sí, profirió con voz sombría el anciano, he cumplido con demasiada exactitud sus preceptos. Yo debía no haber consentido aquel duelo, debía haberme negado á ser testigo. Escucha, Pablo, escucha lo que yo quería decir al sacerdote, pues es lo único que pesa sobre mi conciencia: hay momentos en que me asalta la duda de si aquel duelo solitario fué un asesinato; y, de ser así... ¿comprendes, Pablo? de ser así, en vez de testigo yo hubiera sido cómplice.

—Amigo mío, respondió Pablo, ignoro si las leyes de la tierra están siempre de acuerdo con las del cielo, y si la honra, tal cual la entienden los hombres, es la virtud según el Omnipotente; ignoro si nuestra Iglesia, enemiga del derramamiento de sangre, permite que el ofendido venga por su propia mano, en el ofensor, la injuria que éste le ha inferido, y en este caso si el juicio de Dios dirige siempre la bala de la pistola ó la punta de la espada. Estos son puntos que no se resuelven con la razón, sino con la conciencia; y mi conciencia me dicta que yo, en tu lugar, hubiera hecho lo que tú. Si la conciencia que me

engaña, también te ha engañado á ti, en las presentes circunstancias me asiste más derecho á perdonarte que no á un sacerdote; en nombre mío, pues, y en el de mi padre te perdono.

—¡Gracias! ¡gracias! exclamó el anciano oprimiendo las manos al joven; ¡gracias! estas son las palabras que necesita el alma de un moribundo. ¡Oh! un remordimiento es terrible, muchacho; un remordimiento nos lleva á dudar de Dios, y cuando en la tierra ya no hay juez que nos juzgue, no podemos esperar fallo alguno.

—Escucha, dijo Pablo con el acento poético y solemne que le era familiar; yo también he dudado de Dios más de una vez, porque aislado y perdido como me encontraba en el mundo, sin familia y sin apoyo en la tierra, buscaba un sostén en el Señor, y pedía á cuanto me rodeaba una prueba de su existencia. Á menudo me detenía al pie de una de esas cruces que se levantan en los caminos, y con la mirada fija en el Salvador de los hombres pedía llorando una certidumbre de su existencia y de su misión; le suplicaba que volviese á mí los ojos, que de su herida se desprendiese una gota de sangre, ó que de su boca se exhalase un suspiro. Y el crucifijo permanecía inmóvil, y yo me levantaba con el corazón desesperado y diciendo entre mí: Si supiese dónde encontrar la tumba de mi padre, le interrogaría, como Hamlet al espectro, y tal vez me respondería.

—¡Pobre muchacho!

—Entonces entraba en un templo, prosiguió Pablo, en uno de esos templos del Norte que tú conoces, sombrío, religioso, cristiano, y en él

me inundaba la tristeza; pero la tristeza no es la fe. Acercábame al altar, me arrodillaba ante el tabernáculo donde dicen que mora Dios, apoyaba la frente en el mármol de las gradas, y después de permanecer largo tiempo prosternado, sumergido en mis dudas por espacio de horas enteras, levantaba nuevamente la cabeza, esperando que el Dios á quien buscaba se manifestaría por fin á mí por medio de una ráfaga de luz de su gloria, ó de un relámpago de su omnipotencia. Pero la iglesia continuaba sombría como había permanecido inmóvil el crucifijo, y yo salía precipitadamente hasta el pórtico, diciendo: «¡Señor! ¡Señor! si existieses te revelarías á los hombres. Pues puedes revelarte á ellos y no lo haces, luego quieres que los hombres duden de ti.»

—¡Ve lo que dices, Pablo! profirió el anciano; ¡mira que no invada el mío la duda de tu corazón! Á ti te queda tiempo para creer, en tanto yo... voy á dejar el mundo.

—Aguarda, aguarda, amigo mío, profirió Pablo con voz suave y rostro sereno, todavía no he concluido. Entonces fué cuando me dije: «El crucifijo del camino, las iglesias de las ciudades, son obra de los hombres. Busquemos á Dios en su obra misma.» Desde aquel momento empecé la vida errante que permanecerá un misterio eterno entre el cielo, el mar y yo... Vida que me llevó á las soledades de América, porque imaginé que cuanto más nuevo era un mundo, más debía haber conservado marcada la mano de Dios. No me había equivocado. Allí, con frecuencia, en aquellas selvas vírgenes en las que

quizás era yo el primer hombre que pusiera los pies, sin más abrigo que el firmamento ni otra cama que el suelo, abismado en un pensamiento único escuchaba los mil diversos ruidos de los seres que se duermen y de la naturaleza que se despierta. Mucho tiempo transcurrió todavía sin que me fuese dable comprender el desconocido lenguaje que formaban, al confundirse, el murmurio de los ríos, el vapor de los lagos y el susurro de las selvas; pero por fin, y poco á poco, fué levantándose el velo que me cubría los ojos y el peso que me oprimía el corazón. Desde entonces empecé á creer que aquellos rumores de la noche y aquellos ruidos del crepúsculo no eran sino un himno universal con que todo lo creado tributaba gracias al Ser Supremo.

—¡Dios mío! dijo el moribundo enclavijando las manos y dirigiendo al cielo una mirada llena de fe; ¡Dios mío! he clamado á Vos desde las profundidades, y me habéis oído en mi angustia! ¡Gracias, Dios mío!

—Entonces, continuó Pablo con exaltación creciente, busqué en el Océano el resto de convicción que me negaba la tierra. La tierra no es más que espacio; el Océano, la inmensidad. Después de Dios, lo más grande, lo más fuerte, lo más poderoso es el Océano. Yo le he oído rugir como un león irritado, y luego, á la voz de su Señor, le he visto tenderse como un perro sumiso; le he visto levantarse como un titán que quiere escalar el cielo, y le he oído gemir, como el niño que llora, bajo el azote de la tormenta. Le he visto lanzar olas al relámpago é intentar apagar el rayo con su espuma, y luego aplanarse como un

espejo, y reflejar hasta la más diminuta estrella del espacio. En la tierra había yo conocido la existencia de Dios; en el mar conocí su omnipotencia. En la soledad había oído, como Moisés, la voz del Señor; pero durante la tormenta le vi, como Ezequiel, pasar con la tempestad. Desde entonces, amigo mío, desde entonces desapareció de mí y para siempre jamás la duda, y la noche del primer huracán creí y oré fervorosamente.

—Creo en Dios todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, dijo el anciano con voz impregnada de ardentísima fe; y de esta suerte continuó el símbolo de los apóstoles hasta la última palabra.

Pablo le escuchó silenciosamente y con los ojos fijos en el cielo, y, una vez el moribundo hubo terminado, le dijo:

—Un sacerdote no te hubiera hablado como yo te he hablado; yo lo he hecho como marino y en voz más acostumbrada á proferir palabras de exterminio que de consuelo. Perdóname, amigo mío, perdóname.

—Me has hecho orar y creer como tú, repuso el anciano; ¿qué más hubiera conseguido un sacerdote? Lo que tú me has dicho es sencillo y grande: déjame que medite en lo que me has dicho.

—¡Escucha! profirió Pablo estremeciéndose.

—¿Qué?

—¿No has oído?

—No.

—Me ha parecido que una voz de angustia me llamaba... ¿Oyes? ¿oyes?... ¡Es la voz de Margarita!

—Sal á su encuentro, dijo el anciano; necesito estar solo.

Pablo se lanzó al aposento contiguo, y al poner los pies en él oyó repetir por tercera vez su nombre junto á la entrada de la casita. Entonces se abalanzó á la puerta, abrióla apresuradamente, y en el umbral encontró á Margarita, que, sin fuerzas para dar un paso más, había caído de rodillas.

—¡Socorro! ¡socorro! gritó la joven con la expresión del más profundo terror al ver á Pablo y arrastrándose hacia éste.

## XV

Pablo se acercó á Margarita, que estaba pálida y fría como el mármol, y tomándola en brazos la condujo al primer aposento, la colocó en un sillón, volvió atrás para cerrar la puerta, que había quedado abierta, y regresando al lado de aquélla, le preguntó:

—¿Qué temía usted? ¿quién la perseguía y por qué viene á semejante hora?

—¡Oh! dijo Margarita, á cualquier hora del día ó de la noche hubiera huido mientras la tierra pudiese haberme sustentado. Habría huido hasta que hubiese encontrado un corazón en que verter mis lágrimas, un brazo que me defendiese... Habría huido... ¡Pablo! ¡Pablo! mi padre ha muerto.

—¡Pobre niña! profirió el marino abrazando á la joven. ¡Pobre niña! ¡huyes de una casa mortuoria para venir á parar en otra! ¡dejas la muerte en el castillo y de nuevo la hallas en la cabaña!

—Sí, repuso Margarita levantándose, trémula aun de terror y estrechándose contra Pablo. ¡Allí la muerte! ¡la muerte aquí! Pero allí la muerte

desesperada, mientras aquí... aquí la muerte tranquila. ¡Oh, Pablo! ¡Pablo! si hubiese usted visto lo que yo he visto!

—Cuéntemelo usted.

—Ya sabe usted qué terrible influjo han ejercido en mi padre la voz y la presencia de usted, amigo mio.

—Sí, lo sé.

—Le han trasladado sin sentido y sin voz á su aposento.

—Yo hablaba á la marquesa y no 'á él, dijo Pablo; no es culpa mía si ha oído.

—Pues bien, Pablo; puesto que usted ha debido de oirlo todo desde el gabinete en que se encontraba, ya comprenderá lo que ha pasado. Mi padre, mi pobre padre me ha conocido; y yo, al verle de tal suerte, y no pudiendo resistir á mi inquietud, á riesgo de irritar á mi madre, he subido para verle una vez más. La puerta estaba cerrada, y he llamado suavemente á ella: el pobre había recobrado la razón, pues he oído como con debilitada voz preguntaba quién estaba allí.

—¿Y la madre de usted? preguntó Pablo.

—¿Mi madre? repuso Margarita, estaba ausente, y al salir había cerrado la puerta, como hubiera hecho tratándose de un niño. Pero cuando mi padre hubo conocido mi voz, cuando le hube respondido que era yo, Margarita, su hija, me dijo que tomase por una escalera excusada que, por un gabinete, subía hasta su dormitorio. Un minuto después estaba yo de rodillas al pie de su cama y recibía de él la bendición; porque ha de saber usted que me dió su bendi-

ción antes de morir, su bendición paternal, que espero llamará sobre mí la del Todopoderoso.

—Sí, profirió Pablo, Dios te perdonará, nada temas. Lloro por tu padre, hija mía, pero no llores ya más por ti, pues estás salvada.

—¡Oh! todavía no ha oído usted nada, Pablo, repuso Margarita; ¡escuche! ¡escuche!

—Di.

—He aquí que en aquel momento, mientras yo estaba arrodillada y besaba la mano á mi padre, he oído los pasos de mi madre que subía la escalera; he conocido su voz, y mi padre también, pues me ha dado un postrer beso y me ha dicho que huyese. He obedecido, pero tenía la cabeza tan trastornada, que me he equivocado de puerta, y en vez de tomar hacia la escalera por la cual había llegado al dormitorio, he entrado en un gabinete sin salida. He tanteado las paredes, y he visto que estaba cerrado. En esto se ha abierto la puerta del dormitorio, y me he detenido reteniendo la respiración. Mi madre ha entrado con el sacerdote, más pálida que el que iba á presentarse ante el tribunal inapelable.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! murmuró Pablo.

—El sacerdote se ha sentado á la cabecera de la cama, prosiguió Margarita acercándose cada vez más aterrorizada á Pablo. Mi madre ha permanecido en pie. ¿Comprende usted, Pablo? ¡Yo estaba allí, presenciando aquella fúnebre escena, sin poder huir. ¡Una hija constreñida á oír la confesión de su padre! ¡oh! ¡es horroroso! He caído de rodillas y he cerrado los ojos para no ver, y orado para no oír; y, á pesar mío, ¡oh! bien á

pesar mío, Pablo, se lo juro á usted, he visto... y oído... y lo que he visto y lo que he oído no se borrará nunca jamás de mi memoria. He visto á mi padre, que hallando de nuevo en sus recuerdos una fuerza calenturienta, se ha levantado en la cama con la palidez de la muerte impresa en el semblante. ¡Le he oído... le he oído pronunciar las palabras duelo, adulterio y asesinato!... y á cada una de estas palabras he visto á mi madre más pálida, más pálida, y la he oído como en voz alta, para ahogar la del moribundo, decía al sacerdote: «¡No le crea usted! ¡no le crea usted, padre mío!... ¡miente, ó, más bien dicho... está loco, es un insensato! ¡no le crea usted!» ¡Oh! Pablo, ¡era una escena horrible, sacrilega, impía!... La frente se me ha cubierto de helado sudor y me he desmayado.

—¡Justicia divina! exclamó Pablo.

—No sé cuánto tiempo he permanecido sin conocimiento; lo único que recuerdo es que, cuando me he recobrado, el dormitorio estaba silencioso como una tumba. Mi madre y el ministro de Dios habían desaparecido, y junto al lecho ardían dos cirios. Entonces he abierto la puerta, he lanzado una mirada á aquél, y hame parecido ver, por encima de la sábana que lo cubría por entero, la forma envarada de un cadáver. ¡Ay! he adivinado que todo había concluido. Dominada por el fúnebre temor que me causaba aquella escena y por el piadoso deseo de levantar la sábana y besar por la postrera vez, antes de que sellasen el féretro, la venerable frente de mi padre, no acertaba á moverme; pero ha podido más el miedo, y un terror penetrante, invencible,

mortal, me ha impelido fuera del dormitorio. Entonces he descendido la escalera, no sé cómo, y aun creo que sin tocar los escalones; he atravesado aposentos y galerías, y por fin, y conociendo en el frescor del ambiente que me encontraba fuera del castillo, he echado á correr como una loca. Y es que me he acordado de que usted me había dicho que le encontraría aquí, y hacia aquí me impelia no sé qué instinto. Parecíame que me perseguían fantasmas. Mire usted si tenía trastornado el juicio, que al doblar la esquina de una alameda he creído ver á mi madre... toda enlutada... andando silenciosamente, como un espectro. ¡Oh! entonces, entonces... el terror me ha prestado alas. He echado á correr, primeramente sin seguir camino alguno; luego me han flaqueado las fuerzas, y entonces es cuando usted ha oído mis voces. Todavía he dado algunos pasos, y he caído junto á esta puerta; ¡oh! si no la hubiese usted abierto, hubiera rendido el aliento en el sitio, pues era tal mi turbación, que sin cesar me parecía... ¡Silencio! murmuró prontamente Margarita; ¡silencio!... ¿oye usted?

—Sí, respondió Pablo apagando la lámpara; sí, es ruido de pasos...

—¡Mire usted! ¡mire usted! prosiguió Margarita envolviéndose en las cortinas de la ventana y escondiendo también en ellas á Pablo; ¡mire usted!... no me había equivocado: era ella.

En efecto, en aquel instante se abrió la puerta de la casita, y la marquesa, enlutada, pálida como un espectro, entró lentamente, cerró tras sí y con llave la puerta, y sin ver á Pablo ni á

Margarita, cruzó el primer aposento y entró en el segundo, donde estaba tendido en su lecho el anciano, al que se acercó como se acercara al lecho del marqués, si bien con la diferencia que ahora no le acompañaba sacerdote alguno.

—¿Quién es? preguntó Achard separando una de las cortinas de su lecho.

—Yo, respondió la marquesa apartando la otra.

—¡Usted, señora! profirió con espanto el anciano servidor. ¿Qué viene usted á buscar al lecho de un moribundo?

—Vengo á proponerle un convenio.

—Para perder mi alma, ¿no es eso?

—Al contrario, para salvarla. Achard, en este mundo no necesitas más que una cosa, prosiguió la marquesa inclinándose hasta la cama del moribundo: un sacerdote.

—Se ha negado usted á enviarme el del castillo.

—Si quieres, dentro de cinco minutos estará presente.

—Pues hágalo usted venir, repuso el anciano; pero, créame usted, no pierda el tiempo... apresúrese...

—Pero ¿me darás tú la paz de la tierra si yo te doy la del cielo? preguntó la marquesa.

—¿Qué me es dable hacer en pro de usted? murmuró el moribundo cerrando los ojos para no ver á aquella mujer cuya presencia le helaba la sangre.

—Tú necesitas de un sacerdote para morir... ya sabes lo que yo necesito para continuar viviendo.

—¡Usted quiere cerrarme las puertas del cielo haciéndome cometer un perjurio!

—Quiero abrírtelas por medio de un perdón.

—Ya lo he recibido.

—Y ¿de quién?

—De quien tal vez sea el único que tiene el derecho de concedérmelo.

—¿Por ventura Morlaix ha descendido del cielo? preguntó la marquesa con acento en el que se traslucía tanto temor como ironía.

—No, respondió el anciano; pero ¿ha olvidado usted, señora, que el conde dejó un hijo en la tierra?

—¿Conque también lo has visto tú? exclamó la marquesa.

—Sí, respondió Achard.

—¿Y se lo has contado todo?

—¡Todo!

—¿Y los papeles que justifican su nacimiento? preguntó con ansiedad la marquesa.

—El marqués no había fallecido aún. Los papeles yo los conservo.

—Achard, profirió la marquesa cayendo de rodillas al pie de la cama; Achard, compadécete de mí, apiádate de mi desventura.

—¡Usted de rodillas en mi presencia, señora!

—Sí, Achard, dijo la marquesa con ademán de súplica, estoy de rodillas ante ti, y te ruego y te imploro, pues tienes en tus manos la honra de una de las más antiguas familias de Francia, mi vida pasada, mi porvenir... Esos papeles son mi corazón, mi alma, más, mi apellido, el de mis antepasados, el de mis hijos; y tú sabes cuánto he padecido para conservar sin tacha mi apellido.

¿Crees tú que yo no anidaba en mi corazón, como las demás mujeres, afectos de amante, de esposa y de madre? Pues bien, los he ahogado todos uno tras otro, y la lucha ha sido larga. Tengo veinte años menos que tú, Achard; estoy llena de vida, y tú vas á morir. Y, sin embargo, mira: tengo los cabellos más canos que los tuyos.

—¿Qué está diciendo? murmuró Margarita, que se había acercado al segundo aposento lo suficiente para ver lo que en él pasaba. ¡Oh! ¡Dios mío!

—Escucha, escucha, hija mía, repuso Pablo; Dios permite que todo sea revelado de esta suerte.

—Sí, murmuró Achard debilitándose; sí, usted ha dudado de la bondad del Omnipotente; ha olvidado que Jesucristo perdonó á la mujer adúltera.

—Pero cuando los hombres encontraron á Jesús, iban á lapidarla. Si los hombres, que durante veinte generaciones se han acostumbrado á respetar mi apellido y á honrar á mi familia, supiesen lo que, gracias á Dios, se les ha ocultado hasta lo presente, por él no sentirían más que desprecio. ¡Oh! sí... he padecido tanto, que Dios me perdonará; pero los hombres..., los hombres son implacables, no perdonan. Por otra parte, ¿estoy únicamente yo expuesta á sus injurias? ¿Á ambos lados de mi cruz no tengo á mis dos hijos, de los cuales el otro es el mayor? El otro es hijo mío, lo sé, como lo son Manuel y Margarita; pero ¿me cabe el derecho de dárselo por hermano?... ¿Olvidas tú que á los ojos de



la ley el otro es hijo del marqués de Auray? ¿que es el primogénito, el jefe de la familia, y que para que todo le pertenezca, título y fortuna, basta que invoque esa misma ley? Y entonces ¿qué le queda á Manuel? ¡una cruz de Malta! ¿Y á mi hija? ¡un convento!

—¡Oh! sí, sí, dijo Margarita á media voz y tendiendo los brazos hacia la marquesa; sí, un convento donde pueda rogar por usted, madre mía.

—¡Silencio! ¡silencio! dijo Pablo á la joven.

—¡Oh! usted no lo conoce, señora, murmuró el moribundo con voz que iba apagándose por momentos.

—No, pero conozco al género humano, respondió la marquesa. El otro no tiene apellido ni fortuna y puede hallar uno y otra; ¿y tú crees que va á renunciar á esa fortuna y á ese apellido?

—Sí, si usted se lo pide.

—Y ¿con qué derecho se lo pediría yo? prosiguió la marquesa. ¿Con qué justicia le rogaría que se compadeciese de mí, de Manuel y de Margarita? «No la conozco á usted, señora, me diría; no la he visto á usted nunca. Sólo sé que es usted mi madre.»

—En nombre de él, balbuceó Achard, al que la muerte empezaba á paralizar la lengua; en nombre de él me comprometo... juro... ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

La marquesa se levantó y siguió en el rostro del moribundo los progresos de la agonía.

—¡Te comprometes!... ¡juras!... dijo la marquesa. ¿Está él aquí, por ventura, para ratificar el compromiso? ¡Te comprometes!... ¡juras!...

¡Ah! ¡y tú quieres que sobre tu palabra juegue yo los años que me quedan de vida contra los minutos que te separan de la muerte! Te he rogado, te he implorado; por última vez te ruego y te imploro: dame esos papeles.

—Pertencen á él, señora.

—¡Los necesito! prosiguió la marquesa, cobrando fuerzas á proporción que iba debilitándose el moribundo.

—¡Dios mío ¡Dios mío! ¡apiadaos de mí! murmuró el anciano.

—Nadie puede venir, repuso la marquesa. ¿No me has dicho que la llave esa la llevas siempre contigo?

—¡Qué! ¿Se atrevería usted á arrancarla de las manos de un moribundo?

—No, aguardaré, respondió la marquesa.

—¡Déjeme usted morir en paz, señora! profirió Achard descolgando de su cabecera el crucifijo é interponiéndolo entre él y la marquesa. ¡Salga usted! ¡salga usted! ¡en nombre del Crucificado!...

La marquesa cayó de rodillas, agobiando la cabeza hasta el suelo. Cuanto al anciano, permaneció un instante en aquella postura terrible; luego, y poco á poco, le abandonaron las fuerzas y cayó nuevamente en el lecho, poniendo los brazos en cruz y descansando sobre el pecho la imagen de Nuestro Señor Jesucristo.

Tomó la marquesa la orilla de las cortinas del lecho, y sin levantar la cabeza las cruzó de modo que velasen la agonía del moribundo.

—¡Qué horror! murmuró Margarita.

—¡De rodillas y oremos! dijo Pablo.

Entonces transcurrió un momento solemne y

terrible, sólo interrumpido por el estertor del moribundo, estertor que fué debilitándose más y más hasta que cesó por completo. Todo había concluído: el anciano estaba muerto.

La marquesa de Auray levantó despacio la cabeza, abrió los ojos llena de ansiedad, y por último, y sin separarlas, introdujo la diestra por la abertura de las cortinas, para tras algunos esfuerzos retirarla junto con la llave. Entonces se levantó silenciosamente, y con el rostro vuelto hacia el lecho se encaminó al armario; pero en el instante en que iba á introducir la llave en la cerradura, Pablo, que espiaba todos los movimientos de la marquesa, entró en el aposento, y asiéndola del brazo, le dijo:

—Deme usted esa llave, madre mía, pues el marqués ha fallecido y los papeles esos me pertenecen.

—¡Justicia divina! exclamó la de Auray retrocediendo llena de espanto y cayendo en un sillón: ¡justicia divina! ¡es mi hijo!

—¡Oh, Dios de misericordia! murmuró Margarita arrodillándose en el otro aposento, ¡es mi hermano!

Pablo abrió el armario y sacó de él la cajita que contenía los papeles.

## XVI

Sin embargo, en medio de los premiosos acontecimientos de aquella noche, que, al hacer asistir á Margarita á dos agonías, la condujeran por modo tan providencial al descubrimiento del secreto de su madre, Pablo no había olvidado las palabras de muerte cruzadas la víspera entre él y Lectoure; y como éste probablemente no hubiera sabido dónde encontrarle, el marino creyó del caso ahorrarle la molestia de buscarlo. Á eso de las seis de la mañana, pues, el teniente Walter se presentó en el castillo de Auray, de parte de Pablo, para fijar las condiciones del duelo, y encontró á Manuel en la habitación de Lectoure, quien, al ver al oficial, bajó al jardín para que los dos jóvenes pudieran discutir con omnimoda independencia.

Walter había recibido de su jefe la orden de que aceptase todas las condiciones; así es que la discusión preliminar terminó pronto. Manuel y Walter convinieron en que el duelo se verificaría á las cuatro de la tarde del mismo día, á orillas del mar, junto á la cabaña del pescador situada